



LXI

A la caída de una tarde veraniega salieron los dos hermanos de su reducido gimnasio, haciendo ademanes de enajenados, y resplandeciendo en su semblante indecible felicidad. Detuviéronse repentinamente en mitad del patio, y mirándose cara á cara, ambos pronunciaron á un mismo tiempo la frase: «¡Cosa hecha!» Luego volaron á sus habitaciones, donde se vistieron, arrancando los botones de la camisa, rompiendo los cordones de las botas—con la torpeza que comunican al tacto y al juego digital de quien se arregla precipitadamente, las gran-

des emociones—y sintiéndose empujados hacia fuera por inexplicable y apremiante necesidad de salir, circular y moverse. Y al vestirse se miraban palmoteando y riendo, y, por turno, canturreando, se decían: «¡Cosa hecha!»

Arojáronse en el primer coche que encontraron, y como les pareciese que no corría bastante y no encontraban gusto en un género de locomoción en que se sentían inmóviles, al cabo de diez minutos pagaron al cochero, bajándose.

Echaron á andar á paso redoblado, tomando el centro de la calzada para disfrutar de más campo libre, y al mirarse casualmente, sorprendiéronse, reparando que ambos llevaban en la mano el sombrero.

Comieron en el primer figón que se les presentó, sin saber lo que metían en la boca; y al preguntarles el mozo qué querían que les sirviese, contestaron: «Deme usted lo que toma ese señor que está ahí cerca.» Lo que es aquella noche, no era Nelo más locuaz que su hermano.

Luego se echaron á buscar los sitios donde se entra y sale de bureo, donde el cuerpo se agita, donde pudiesen esparcir y pasear

su calentura. Penetraron en bailes y conciertos, y allí, entre la multitud y bajo la luz deslumbradora, empujados por el remolino de los demás, en maquinal paseo, que giraba sin tregua alrededor de un ruido musical, iban y volvían incesantemente sin ver ni oír cosa alguna, con el cigarro apagado en la boca, ausentes moralmente del lugar, del mundo y de los objetos exteriores, entre los cuales rodaron la noche entera... pero volviéndose de tiempo en tiempo el uno hacia el otro, y diciéndose, sin más lenguaje que la expresión beatífica de su semblante: «¡Cosa hecha!»





LXII

Al día siguiente, los dos hermanos reanudaron sus faenas en el Circo. La interior satisfacción de Nelo redoblabá su malignidad, sus diabluras contra la Tompkins. Juan, por su parte, llamó á capítulo al Director, y le convidó á presenciar la realización del nuevo ejercicio descubierto por él y su hermano. El Director, que no sin impaciencia esperaba el anuncio del éxito completo, respondió á Juan que al otro día, á cosa de las diez, estaría sin falta en las Ternas.

En efecto, á la hora señalada, allí se en-

contraba el Director, con las manos sepultadas en los bolsillos del pantalón, de pie ante el trampolín del reducido gimnasio. A medida que veía desarrollarse el trabajo de los dos hermanos, su rostro adquiría la cerrada expresión, la represión, por decirlo así, del entusiasmo, que suele notarse en el frío rostro de un aficionado á objetos de arte cuando le enseñan inestimable curiosidad y teme que le exijan por ella exorbitante precio.

Ya habían terminado los dos hermanos, y Juan, un tanto cohibido por el silencio del espectador, preguntóle:

—¿Qué opina usted?

—Es cosa buena, buena de verdad... Más me gustaría en invierno... Pero de todos modos, siempre alcanzaremos á anticiparnos á la caza y las vacaciones... Sí, sí, me parece que con esto se va á lograr un triunfo... Sólo que se necesita crear atmósfera... Lo que el ejercicio tiene de notable, no lo entiende al pronto la gente... Esto no hace el efecto de lo que se ejecuta allá en el friso... ni produce el escalofrío de la muerte chiquita (y aquí el Director imitó el juego de unos codos que se ciñen á un oprimi-

do pecho). Es necesario que la prensa se tome el trabajo de explicar al público y darle mascado el peligro inminente, mortal de ese ejercicio... ¡Nada como la prensa... no se puede prescindir de ella! Y ustedes, al estrenarse, no la tuvieron muy de sobra... Vénganse ustedes pasado mañana á estar conmigo, para que encarguemos los accesorios y organicemos la sección de reclamos; yo me ocuparé en eso desde hoy mismo... Y ahora descansen ustedes; les eximo de todo servicio... Por supuesto, si el ejercicio sale bien, me tienen ustedes dispuesto á introducir ciertas modificaciones en la contrata... Pero, como ustedes comprenden, hay que ver de montar esto lo antes posible.

Y ya en el umbral de la puerta, á despecho de todas las restricciones que trataba de añadir á su felicitación, el Director no pudo menos de volverse, exclamando:

—Es cosa buena, vamos; de recibo.

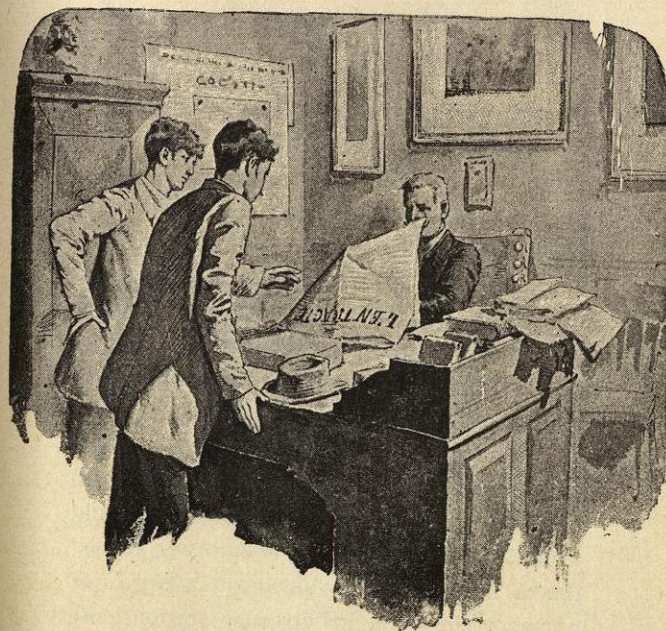




LXIII

Los días que faltaban hasta el de la representación, transcurrieron para los dos hermanos entre el dulce y vago transporte cerebral que causan á la mísera humanidad los impensados favores de la suerte, la realización de lo inesperado, las sorpresas gratas que reserva el Destino. Sentían que llenaba su cabeza un calor, una llama, que ardía en el vacío de una atmósfera de dicha. Interior y nervioso júbilo les cortaba el apetito, con tanta eficacia como podría cortárselo una desazón profunda. Pisaban las piedras de la calle con la obtusa sensación del

que anda sobre alfombras. Y todas las mañanas, al despertarse, al ver la claridad, interrogaban á la suerte para cerciorarse de su real presencia, y en la incertidumbre del primer tránsito del dormir al velar, le preguntaban: «¿No eres un sueño?»



LXIV

Acababan de salir el carpintero y el cerrajero, llevándose las instrucciones de Juan á fin de construir el aparatito necesario para la ejecución del nuevo ejercicio en el Circo, y, desde el umbral, se habían comprometido nuevamente á que todo estuviese listo en el término de cinco días.

—Sepamos si han leído ustedes la prensa teatral—pronunció el Director interrogando á los dos hermanos, al mismo tiempo que recogía y juntaba los periódicos esparcidos por su pupitre, en los cuales había párrafos rodeados de una raya de lápiz rojo.—Ya empieza el tole-tole respecto á su invento de ustedes; la cosa fermenta, como dicen en las subastas públicas... Entérense ustedes... vean lo que estampan aquí tirros y troyanos.

«Háblase de un ejercicio nuevo y altamente extraordinario...» «Se comenta mucho un ejercicio que las gentes del oficio tienen por imposible, y que en breve se realizará en el Circo de Verano...» «Según se afirma y repite en los círculos acrobáticos, París presenciará en breve un ejercicio digno de parangonarse con los del famoso Leonard...» «Un salto en tales condiciones y con tal atrevimiento, que no lo había intentado la antigüedad misma...»

—Me parece que no está mal anunciado el asunto, ¿eh? Ya á todo el mundo le pica la curiosidad...; ahora es necesario precisar, salir de anuncios vagos... y ha llegado el momento de lanzar al público un cacho

de su biografía de ustedes, verdadera ó verosímil... Hasta ahora convenía el atractivo de lo desconocido; hoy interesan más los informes exactos... Importa que París se entere del pasado de ustedes, de sus costumbres y de la historia de su ejercicio...; que sean ustedes de esas personas cuyo retrato anda por todas partes, y que así, conociéndoles, la gente simpatice con ustedes y se entusiasme de antemano... Por supuesto, que esta vez me figuro que les nombraremos y anunciaremos en todas partes como lo que son, como hermanos... Es cosa convenida, ¿verdad? Los hermanos Bescapé.

—No—dijo Juan.

—¿Cómo que no?

—No—repitió Juan.—Bescapé es nuestro nombre de titiriteros; pero tomaremos otro, que nos queremos crear nosotros mismos.

—¿Y cuál es?

—Los hermanos Zemganno.

—¿Zemganno! ¿Y sabe usted que el tal nombre es efectivamente muy original? Tiene al principio un diante de una zeta que imita un toque de clarín... ¡Hombre! Parece las sinfonías que tocan aquí en el Cir-

co, cuando hay un repique de campanillas entre un redoble de tambores.

—Pues ese es el nombre que usábamos antes.

—¡Calle! Cierto. ¡Maldito si me acordaba!

—Tuvo éxito en Inglaterra, —añadió Juan—y por eso pensé reservarlo para el día que... Luego, yo estoy encariñado con ese nombre, no sé por qué razón.. Mejor dicho, sí que lo sé.—Y Juan articuló el resto del período como si hablase consigo mismo.—Somos bohemios de origen... y yo dudo muchas veces de si habré inventado ó no ese nombre... Más bien me parece recordarlo como un murmullo sonoro siempre en labios de nuestra madre... siendo yo muy pequeñito.

—Conque quedamos en Zenganno—murmuró el Director.—Y... ¿qué tiempo necesitan ustedes para ensayar en el Circo?

—Tres ó cuatro días, á lo sumo... Lo necesario para probar el trampolín nuevo.

—Bien... Con los cinco que piden el carpintero y el cerrajero... la cosa puede arreglarse para dentro de diez días. ¿Dónde han nacido ustedes? ¿Dónde?...



LXV

El día de la función comieron ambos hermanos á las tres, y se dirigieron al Circo cuando estaba entrando el público.

—Juanillo, ¿te acuerdas del portón del Circo de invierno?—dijo de repente Nelo á su hermano, después de caminar largo rato silenciosamente.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas del día en que nos estre-

namos, con los alrededores oscuros y desiertos de gente, la contaduría y el despacho de billetes sin un alma, y allí delante un coche de punto... más tronado! El cocheró dormía como un lirón. ¿Te acuerdas que nos pusimos, antes de entrar, á mirar todo eso con gran tristeza, pensando en que teníamos bien mala sombra en este mundo? ¿No parece que está uno viendo todavía, á los lados de la puerta de caballos, las dos estatuas con las ancas cubiertas de nieve, y aquella noche tan fea, y el edificio todo oscuro, y por los cristalazos distinguíamos iluminado únicamente el fondo, todo rojo, y encima, inmóviles, los sombreros de los cobradores, y el chacó de un municipal apoyado sobre una valla... y en todo el vestíbulo no había otra alma viviente?

—Bien, hombre... ¿y qué?

—¡Que si hoy en el Circo de Verano nos sucede dos cuartos de lo mismo!

Juan volvió los asombrados ojos hacia su hermano, como si en él, de ordinario tan confiado, le sorprendiesen semejantes dudas acerca del próximo triunfo; apretó el paso, y al encontrarse frente al Circo, le contestó:

—Mira.



LXVI

En aquella hermosa noche, cuando iban ambos hermanos á estrenar ante el público el ejercicio inventado por Juan, notábase alrededor del Circo de Verano la animación, la calentura al aire libre, digámoslo así, que caracteriza las representaciones teatrales si en ellas se juega un destino, un porvenir, la vida de un artista notable, y á las cuales acude el parisiense con la esperanza vaga y secreta de comer carne humana en un teatro de la capital. Infinitos trenes particulares hacían crujir el húmedo asfalto de la gran avenida, y saltaban

á la calzada elegantes señoras. Los vendedores de programas, animados por la bebida, anunciaban, vociferando, el espectáculo, y al lado de los despachos de billetes, asaltados por interminable cola, bullía una tribu de ágiles pilluelos, de gimnastas en infusión, de los que se ejercitan anónimamente en las canteras de las cercanías de París, que acudían allí á saber noticias, esperándolas á la puerta.

Bajo la tranquila luz del gas, en marcos de fundición, sobre anuncios amarillos acabados de imprimir, se leía en letras enormes:

ESTRENO

DE LOS HERMANOS ZEMGANNO

Dentro del Circo, al pie del ancho friso etrusco que tendía alrededor del recinto los ejercicios gimnásticos de la antigüedad; bajo un primer techo ornado de trofeos y escudos, atravesado de picas y coronado de cascos; bajo un segundo techo que representaba, en medallones lanzados sobre entreabiertas cortinas, cabalgatas de amazo-

nas desnudas sobre indómitas yeguas, la luz flamígera de todas las lucernas, suspendidas en mitad de las arcadas, de endeble columnas de hierro, descendía de las bóvedas á las galerías como por vasto embudo, mostrando sobre el rojo terciopelo de las banquetas y la madera pintada de blanco de los respaldos, una muchedumbre masculina, entre la cual se eclipsaban los claros trajes de las damas; una negra multitud, más negra que en cualquier otro teatro, en que los rostros hacían manchas de un rosa sucio.

Esta multitud parecía aún más apagada, más tenebrosa, por el contraste que producía al destacarse sobre ella el equilibrista, vestido de brocado de plata y ejecutando habilidades al extremo de una escala de cuarenta pies; la niña que trabajaba en el trapecio, envuelta en el girar de sus claros faldellines; la amazona que apoya su pie en el muslo de un Hércules derecho sobre dos caballos, y que se echa atrás con un movimiento de sílfide, entre el vuelo y frescura de una blanca falda sobre un traje de punto incoloro, que le finge la carnación pálida y sonrosada de una figurita antigua de porcelana de Sajonia.

En verdad que el público del Circo—en su confusa aglomeración, su tropel, la apretura y hormiguelo de tanta gente, y al par la luz que hace difusos los rostros y que bebe y absorbe el paño de los ropajes,—recuerda las admirables litografías de Goya, el hacinamiento de las corridas de toros, las turbias multitudes, tan vagas y á la vez tan intensas.

También es de diferente género la expectación del Circo que la de otras partes. Es grave, reflexiva; cada espectador se pertenece y concentra más. Los peligrosos ejercicios de la fuerza y la destreza, cuya grandiosidad es evidente é innegable, derraman en torno suyo la emoción misteriosa que oprimía en otro tiempo el pecho de los romanos durante los juegos del anfiteatro; y de antemano se siente la constricción del corazón, el frío especial tras de la nuca, que causan las audacias, las locuras, las insensatas proezas de los cuerpos en el friso; el solemne «¡Go!» el llamamiento que se lanzan unos á otros para encontrarse á través del espacio; ese terrible «¡Anda» que acaso encierra la muerte.

Lleno estaba el Circo. En la primer ban-

queta de las galerías, á cada lado de la entrada, se agrupaban en montón muchos viejos altos y enjutos, de bigote y perilla blanca, de pelo cortado y corrido sobre sus orejas grandes y cartilagosas: viejos con trazas de oficiales de caballería retirados, hoy directores de un picadero. En la misma banqueta, los ojos expertos podían discernir numerosos profesores de gimnasia, capitanes de bomberos en traje de paisano, artistas del género, entre los cuales se sentaba, andando trabajosamente y apoyado en un bastón, un joven extranjero, con gorra de astracán, que durante la función entera fué objeto de las atenciones del personal del Circo. Lo que es el paso para las cuadras,—á despecho del cartel que reza que todo el mundo busque asiento en el circuito,—estaba tan atestado, que impedía la salida de caballos y jinetes; inundábalo una cáfila de aficionados á la equitación y notabilidades del club, disputándose los dos banquillos donde puede uno empinarse para mirar, y donde se encontraba la Tompkins, que ese día no trabajaba, esperando con curiosidad, al parecer, el ejercicio de ambos hermanos.

Principiaba la representación entre la indiferencia del público, y no la señalaban más incidentes que, de tiempo en tiempo, la caída grotesca de un payaso, y gentiles y frescas risas de chicuelos, que se escalonaba formando una serie de entrecortados ¡oh!, semejantes á jovial y menudo hipo.

El penúltimo ejercicio terminaba en medio de la distracción, tedio y cansancio del auditorio, el movimiento de inquietos pies, el desdoblar de periódicos que ya se habían leído y los aplausos de mala gana, como limosna que arranca la fuerza.

Por fin, recogido el último caballo y perfiladas las dos reverencias de la amazona que lo montara, entabláronse, entre los caballeros que se levantaban por aquí y cambiaban de sitio por allá, á ambos lados de la entrada particular del Circo, conversaciones en alta voz, cuyas frases sueltas dominaban el zumbido general y llegaban por fragmentos á herir el oído de los espectadores.

—Catorce pies; si le digo á usted que es de catorce pies el salto... Y si no, á contar. Por de pronto, la distancia del trampolín al

tonel, seis pies; el tonel, tres más; el hermano mayor, cinco pies y me quedo corto... Se me figura que resultan catorce pies que tiene que saltar el pequeño, ¿sí ó no?

—¡Pero, caramba, si es de todo punto imposible!... Todo cuanto un hombre puede saltar, y eso con un trampolín fabricado por un carpintero de primer orden, es dos veces su estatura.

—Poco á poco. En saltos hacia delante, los hay muy sorprendentes. Por ejemplo, el de aquel inglés que saltó el foso del antiguo Tívoli, de treinta pies de anchura. El coronel Amorós...

—Las atletas antiguos saltaban perfectamente cuarenta y siete pies.

—¡Cáspita! Sería con un varal.

—Señores, ¿á qué están ustedes hablando de saltos hacia delante? Este va á ser hacia arriba, si no me equivoco.

—Con permiso de usted, he leído en un libro que el payaso Dohurst, que, como ustedes saben, era un contemporáneo de Grimaldi, saltaba la altura de doce pies, pasando al través del tambor de un soldado.

—Corriente; un salto hacia arriba que se convierte en parabólico... De esos vemos

á cada rato. Pero el de estos chicos va á ser completamente vertical. Es como subir de un salto por una chimenea arriba.

—Y hágame el favor: ¿por qué se le antoja ponerlo en duda, si lo veremos ahora mismo? *El Entreacto* bien claro lo dice.

—Esas hazañas salen bien una vez por casualidad, y á la segunda... se acabó.

—Pues, señor mío, yo le puedo asegurar á usted, y lo sé por el Director en persona, que en casa de ellos y aquí han repetido el ejercicio mil veces... sin que nunca resultase mal.

.....

.....

.....

—¿Y de dónde ha desenterrado la empresa á estos hermanos?

—¡Bah! ¿Pues no los conociste en la cuadra? Hace mil años que están aquí... Sólo que, según costumbre añeja cuando alguno se presenta al público con nuevas habilidades, adoptaron otro nombre.

.....

.....

.....

—¡Catorce pies á lo alto y verticalmente!

Ea, pues yo sigo jurando que no puede ser. Tanto más, cuanto que el tonel, según mis noticias, no es nada ancho, y así que el mayor esté encima, maña ha de necesitar el pequeño para enhebrarse por él. Cualquiera obstáculo...

—¿Y no saben ustedes una cosa? Aquí los toneles de madera son siempre de lienzo... y éste no ha de tener de sólido y firme más que la parte delantera, donde apoya los pies el hermano mayor.

—También son ustedes famosos... No hay día en que no resulte hacedero algo que hasta entonces parecía imposible... Si antes del estreno de Leotard...

—Lo mismo digo yo... Pero lo que es el menor... ¿Y es cierto que el ejercicio concluye en lo alto del tonel con una serie de saltos mortales simultáneos?

—¿Quiéren ustedes saber mi opinión? De aquí á una hora no cambio mi pellejo por el suyo, ni ganas... ¡Ahí vienen ya!

Este *¡ahí vienen ya!* se extendió hasta el extremo del Circo, como grande y sordo clamor, hecho del murmurio de todas las bocas entreabiertas en beatífico pasmo.

Presentábase Juan seguido de su herma-

no, mientras los mozos del Circo empezaban á armar, entre el runrún de la concurrencia, las piezas de un tablado terminado por un trampolín, que nacía en mitad del pasillo de ingreso y avanzaba por la pista como unos veinte pasos. Cruzadas las manos á la espalda, vigilaba Juan, solícito y grave, la colocación y ajuste de los trozos de madera, y probaba, hiriéndolos con el pie, la solidez de los tablones, no sin dirigir á su hermano frases rápidas—que se comprendía eran para animarle,—y fijando de tiempo en tiempo sobre el lucido concurso miradas serenas y firmes. Su hermano menor le seguía paso á paso, visiblemente conmovido, estado psíquico que se traducía en turbación, en ademanes, por decirlo así, fríos, de esos que producen los grandes malestares del alma ó del cuerpo.

Aparte de eso, no cabía nada más lindo que el joven gimnasta.

Vestía, para tan solemne ocasión, un traje de punto como imbricado de escamillas de breca, y sobre la vestidura, cada juego de los músculos hacía rielar corrientes de azogue por cima de resplandores nacarados; y los gemelos, clavados en las formas de

aquel cuerpo resplandeciente y reverberador, admiraban la esbelta academia femenilmente mórbida, cuyos brazos redondos, sin saliente de biceps, dejaban adivinar un vigor latente, interno, por decirlo así.

Colocado estaba el trampolín, y sobre el auditorio, vibrante de curiosidad, y en el cual se restablecía ya el sosiego, se erguían cuatro soportes seis pies más altos que el trampolín, cuatro tallos de hierro en forma de S, cuyos pies tocaban al suelo desviándose de él, y cuyas extremidades superiores se juntaban por arriba, reunidas por un círculo de superficie plana, que guarnecía un pequeño reborde. Juan, grave y pensativo ante la proximidad del instante supremo, puesta blandamente una mano sobre el hombro de Nelo, seguía observando los preparativos del ejercicio. En el mismo momento le llamaron desde el pasillo de la entrada. Y viéndose blanco de la atención general, y sintiendo que al hallarse ocioso é inmóvil en mitad del Circo le dominaba la misma cortedad que de pequeñito experimentaba al salir á trabajar en el anfiteatro Bescapé, Nelo se retiró de la pista, yendo en seguimiento de su hermano.

Entonces, en medio de la inmovilidad silenciosa que se apoderaba de todo el mundo, fué colocado un tonel blanco sobre el círculo que coronaba los cuatro soportes; y súbitamente retumbó una música estruendosa y estridente, género de ruido con que suelen las orquestas de lugares semejantes espolear la energía de los músculos y animar á romperse heroicamente la crisma.

Al eco de la sinfonía, Juan, que iba á adelantarse por el trampolín para echar la última ojeada á la instalación del tonel, se retiró prontamente al fondo, y al parar de improviso la música, en medio de un silencio tal que parecía suspendido hasta el hálito de la respiración, oyóse sobre los tablones cimbreantes el andar poderoso del gimnasta, que surgía, por decirlo así, al mismo tiempo, apoyados los pies en los bordes del tonel, en perfecto equilibrio.

Entonces, al sonar otra vez la música, que celebraba el buen éxito del ejercicio, y entre el trueno de aplausos que sólo arrancan los rasgos de vigor, la multitud desorientada veía á Juan que se inclinaba hacia el tonel, examinándolo con sorpresa, mientras uno de sus brazos, tendido hacia

atrás, semejaba querer detener el impulso de su hermano, que asomaba ya en la actitud voladora de la salida: en en el aire ambos brazos, cayendo las manos á cada lado de la cabeza, como si aletease. Mas ya la música había parado, de ese modo brusco y súbito que oprime el pecho; ya Nelo hiciera la última llamada sobre el trampolín, y Juan, enderezándose lanzaba por encima del hombro de su hermano un *¡go!* vacilante, inquieto, desesperado, que tenía la entonación del *¡salga lo que saliere!* pronunciado en los mortales momentos en que es necesario tomar un partido, sin tiempo para enterarse y medir la profundidad y extensión del peligro inminente.

Nelo cruzaba como un relámpago toda la extensión del trampolín, y sus pies corrían sin hacer ruido, rozando la superficie del piso resonante; sobre su pecho se veía rebrincar y resplandecer algo, semejante á un amuleto que se le hubiese salido del traje de punto. Hería con un golpe seco de ambos pies el extremo de la plancha elástica, y se lanzaba, llevándole y sosteniéndole en el aire, por decirlo así, la tensión de tanto busto, de tanto pescuezo, de tanto rostro

convertido y elevado hacia lo alto del tonel.



o

Pero ¿qué sucede durante el angustioso

segundo en que la multitud busca y ya cree ver al joven gimnasta subido en hombros de su hermano?

Juan pierde el equilibrio y cae precipitado de lo alto, mientras Nelo, despeñándose del tonel y rebotando duramente contra la extremidad del trapecio, rueda á tierra, se endereza y vuelve á caer otra vez.

Brota del concurso inmenso y ahogado clamor, y antes que se extinga, Juan, tomando al pequeño en sus brazos, más que fraternales, paternas, se lo lleva. En los ojos del payaso se lee la inquietud horrible de los heridos á quienes sacan del combate, y cuyas miradas van preguntando cuánta es la gravedad de su herida.

